

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



LA NUEVA ESTÉTICA

(SEMIFÁBULA)

Un día, sobre asuntos de la clase, firmaron las gallinas un ukase y desde el Sinaí del gallinero promulgaron su ley al mundo entero. Disponíase allí, por de contado, que el vuelo de las águilas, robusto, debe ser condenado como un cursi lirismo de mal gusto; que en vez de labrar nidos en la altura se escarbe, sin cesar, en la basura; que para dilatar los horizontes, ras con ras decapítense los montes, y dejando á nivel todo Himalaya del muladar que su cerral domina, en adelante no haya más vuelos que los vuelos de gallina. Esto el volátil bando decretó, la invención cacareando; más, á pesar del alboroto, infiero que la gente después, según costumbre, siguió admirando al águila en la cumbre... y echando las gallinas al puchero.

EMILIO FERRARI.

ESTE PERIÓDICO SE CÔMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

R. I. P.

Triunfó, dicen, en Parí; depositó en el Pilar la espada vencedora, y venía derecho al Capitolio cuando Cánovas le cerró el camino. Todo es en este mundo relativo, y la estatura moral del estadista difunto se agiganta comparada con la pequeñez de sus sucesores. Cánovas no tenía genio, pero sabía tener mal genio. Si no poseía genialidad, se permitía á veces oportunas genialidades.

Muerto el monstruo, vióse al general repatriado estenderse, crecer, tocar las nubes; recibir la alternativa de primate, imponerse en la política conservadora y servir en el Gabinete Silvela de hipoteca y garantía. ¿Qué había hecho para llegar á tanto? Publicó un Manifiesto retórico, obra de pluma más maestra que la suya; ganóse el apoyo interesado de gentes listas; obtuvo la adhesión de unos pocos, muy pocos de nuestros calamitosos elementos neutros. De entonces fué saludado como el regenerador, el salvador, el Mesías. Era César después de Farsalia; era Napoleón después de Brumario. La patria esperaba del grande hombre la solución de su gran crisis.

Cuando ciertas gentes dan en buscar un dictador, suelen tener sobrehumanas adivinaciones. Donde Diógenes no encontraba un hombre, topan ellas con un genio detrás de cada esquina. Nada anunciaba en el general cristiano las extraordinarias dotes que necesita un redentor. Historia política, nunca la tuvo. Sus cualidades militares no excedían de la medianía. En ninguna parte se había distinguido como administrador. En concepto de gobernante, no tenía en su abono sino el fusilamiento de Rizal y otros hechos análogos que nos granjearon para siempre el odio irreconciliable de los filipinos. ¿Cómo, con tal bagaje, llegó ese hombre á las alturas? Punto es este delicado y obscuro. El gran Lorenzana diría: «¡Misterios!»

En siete meses de colaboración en el Gobierno vaticánista, el regenerador ha hecho obra medrada. Suscitó con su regionalismo indiscreto las veleidades del separatismo reaccionario. Intentó formarse un partido en el ejército resucitando el viejo caudillaje. Quiso realizar en la milicia la selección de todo lo retrógrado á expensas de todo lo liberal y democrático que otros han consumado ya en la magistratura, en el profesorado, en la Administración pública, donde quiera. Se constituyó en órgano y representante de los intereses de clase frente al interés general. Estorbó cuanto pudo la labor de las economías. Osó formular, en circunstancias como las actuales, la pretensión exorbitante de un enorme presupuesto extraordinario destinado á inútiles defensas. A esto se ha reducido la regeneración que, al decir de sus prosélitos, se traía embotellada el místico soldado.

Los jaleadores más entusiastas del cristiano general ponen ahora el grito en el cielo, clamando de sengaño. ¡Desengaño! Para sufrir una decepción hay que engañarse previamente. ¿Y quién ha podido forjarse ilusiones acerca de las excepcionales dotes del caudillo regenerador? ¿En qué empresas se habían probado? ¿Qué antecedentes las abonaban? ¿Qué atisbos permitían adivinarlas? Mucho nos hemos burlado de la ligereza de una parte de la plebe francesa, empeñada en ver en Boulanger algo así como un héroe del porvenir ó un César en perspectiva. Pero al fin el boulangerismo era, en

parte al menos, popular, y su extravío dimanaba de la sobreexcitación de un gran sentimiento nacional. Todo esto ha faltado al boulangerismo oficial y reaccionario de por acá. Los que ahora confiesan su propio indisculpable error, no deben olvidarle como lección para el porvenir. Hay ocasiones en que no es lícito equivocarse. Nunca se lamentará bastante la influencia nefasta de esa parte de la prensa, poderosa sobre lo poquito que aquí aún queda de opinión, cuando por interés, por impresionabilidad, por neurosis, por lo que quiera que ello sea, exalta ó deprime las reputaciones, agranda ó achica á los hombres, proclama los éxitos y declara los fracasos, todo según el antojo del momento, poniendo alternativamente delante de los ojos de esta imbecil burguesía que dirige sin saber y gobierna sin pensar, cristales de caprichosas tallas propios para alterar la forma y las proporciones reales de los hombres y de las cosas.

Descanse en paz el polaviejismo, santa gloria haya, seale la tierra ligera, y felicitémonos todos de la muerte prematura de ese engendro político sietemesino, si con él queda enterrado para siempre el pretorianismo loyolense que nos amenaza con una alianza entre la espada y la cogulla, no menos temerosa y funesta que el viejo pacto tradicional entre el trono y el altar. Y hagamos votos porque el brazo armado de la patria, sin pertenecer á ningún partido, se halle inclinado siempre para caer cuando fuese necesario del lado de la libertad.

ALFREDO CALDERÓN.

VOCES DE ALIANZA

Hase hablado de una conferencia entre el conde de Mouravief y Silvela, con propósitos de alianza. La confirman unos, la desmienten otros, y la consideran probable muchos. Nosotros no la creemos. Tiene Rusia mala mano en negocios de esta índole. El fracaso del Congreso del Haya debe haberla hecho comprender ya que no es la nación llamada á traer á concierto las de Europa. ¿Ni qué puede decir ni hacer ella, la más invasora, contra las invasiones de Inglaterra?

Lo de temer sería aquí que si proposición de alianza se nos hiciera, se apresurase Silvela á aceptarla. Nadie habrá olvidado las muchas veces que en la oposición encareció la necesidad de salir del aislamiento en que, según él, vivimos. Acariciaba entonces la idea de meternos en una de las dos alianzas, en la franco-rusa ó en la de Italia y los dos Imperios germánicos; y hoy nos metería sin vacilar en una que comprendiera todas las naciones del Continente.

¿Qué cosa mejor para que acabáramos de hundirnos! No bastarían entonces en Guerra ni los presupuestos de Polavieja. Deberíamos aumentar enormemente el de Maripa. Como nación marítima, nos querrían para combatir por mar con muchos y potentes acorazados. Nos expondríamos á una derrota, que nos podría costar las islas adyacentes y tal vez parte del territorio de la Península, para darlo á Portugal en compensación de Mozambique.

A rehacerlos interiormente debemos dirigir toda nuestra actividad y poderío, y no pensar nuevamente en locuras. Harto caras nos cuestan las que hicimos para que las repitamos.

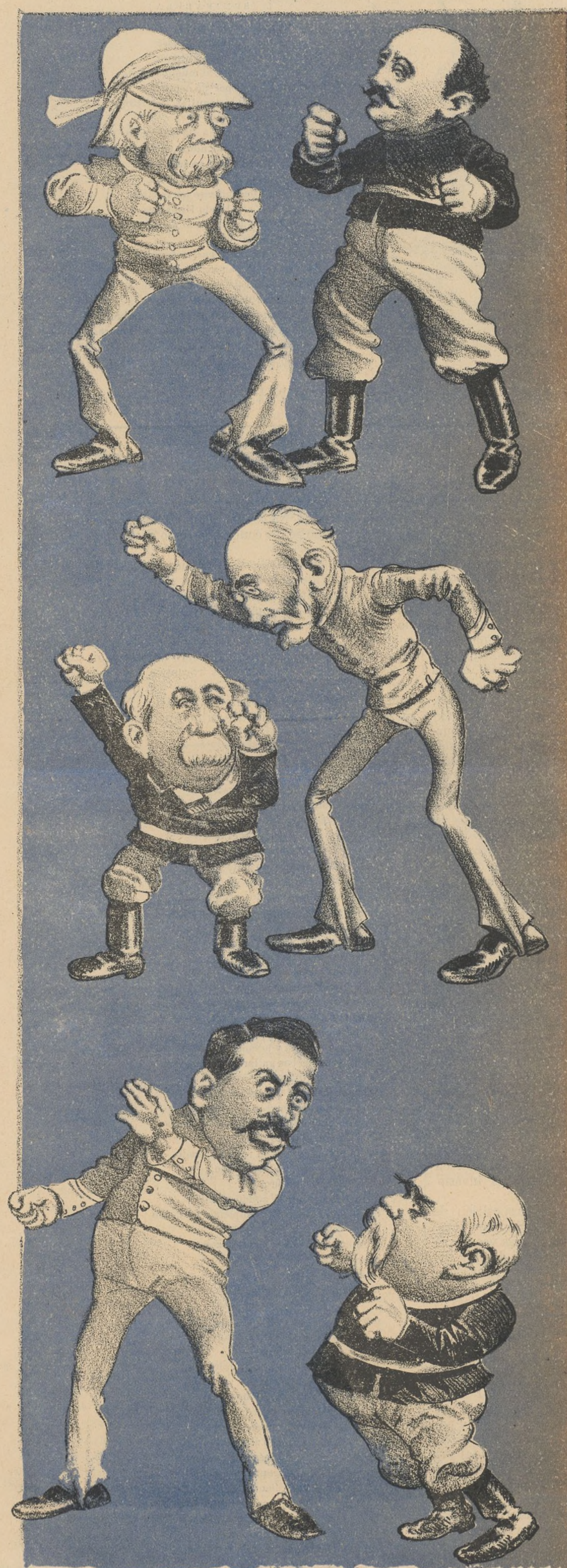
En la misma Africa encontrarán las naciones am-

biciosas su castigo. No son tan temibles las naciones bárbaras cuando se las conquista como después de conquistadas.

Sobre que en el Mediodía de Africa la lucha no se ha de sostener sólo con pueblos incultos, sino también con gentes cultas. Lo hemos dicho repetidas veces: Africa, será más ó menos, tarde el campo de batalla donde explayan sus odios y ventilen sus contiendas las intemperantes naciones de Europa. Lo que fué nuestro territorio, primero para cartagineses y romanos, después para romanos y godos, esto será para los pueblos que aspiran á la dominación y la hegemonía el territorio de Africa. No nos mezclemos en sus contiendas, si no queremos que nos aplasten.

LA MARCHA DE LOS QUINTOS

El andén está lleno de gente.
La locomotora sus vibrantes silbos
lanza fatigada,
y en los toscos vagones metidos,
cual montón de inservibles objetos
se agolpan los quintos.
Allí están, embargados de pena,
los sollozos oyendo y los gritos
de sus padres, amigos y hermanos,
cuyos ojos fijos
por última vez acarician
la faz de los seres queridos,
á quienes arranca brutal de su lado
terminante artículo
de una ley acreedora á perpetua
vergüenza, implacable y eterno ludibrio.
Fuertes como el roble,
de franca mirada y ademán altivo,
aquellos mancebos gallardos demuestran
al par que la dulce candidez del niño,
de una raza viril la energía,
y su aliento indomable y sus bríos.
Aunque intentan con grandes esfuerzos
parecer tranquilos,
las lágrimas surcan su rostro atezado,
por el sol y los vientos curtido,
y al verles se nota
que el dolor, con su agudo cuchillo,
crúel como un dardo, rompiendo su pecho,
taladra su espíritu.
Aquel tren, atestado de mozos,
representa el humano subsidio
que todos los años
al monarca rendir es preciso.
¡Oh! ¿Con qué derecho
ese rey, en deidad convertido,
á los hombres coarta inhumano
el libre albedrío,
y á las madres ancianas y enfermas
usurpa sus hijos,
para echarlos feroz y sañudo
al horrible combate encendido,
como en tiempos remotos lanzaban
los romanos las fieras al circo,
mientras él, en su alcázar marmóreo,
entregado á la holganza y el vicio,
harto de placeres, henchido de honores,
deslumbra soberbio con el regio brillo
de su infame opulencia, que insulta,
siendo sólo digno
de mostrar ante el mundo esa huella
que el hierro encendido



Ingleses y boers.



—¡Toma, por traidorzuelo!



Está obscuro y huele á queso.



—¿Si tendría razón Cánovas? Si seré yo tonto, forrado de lo mismo?...

DON QUIJOTE

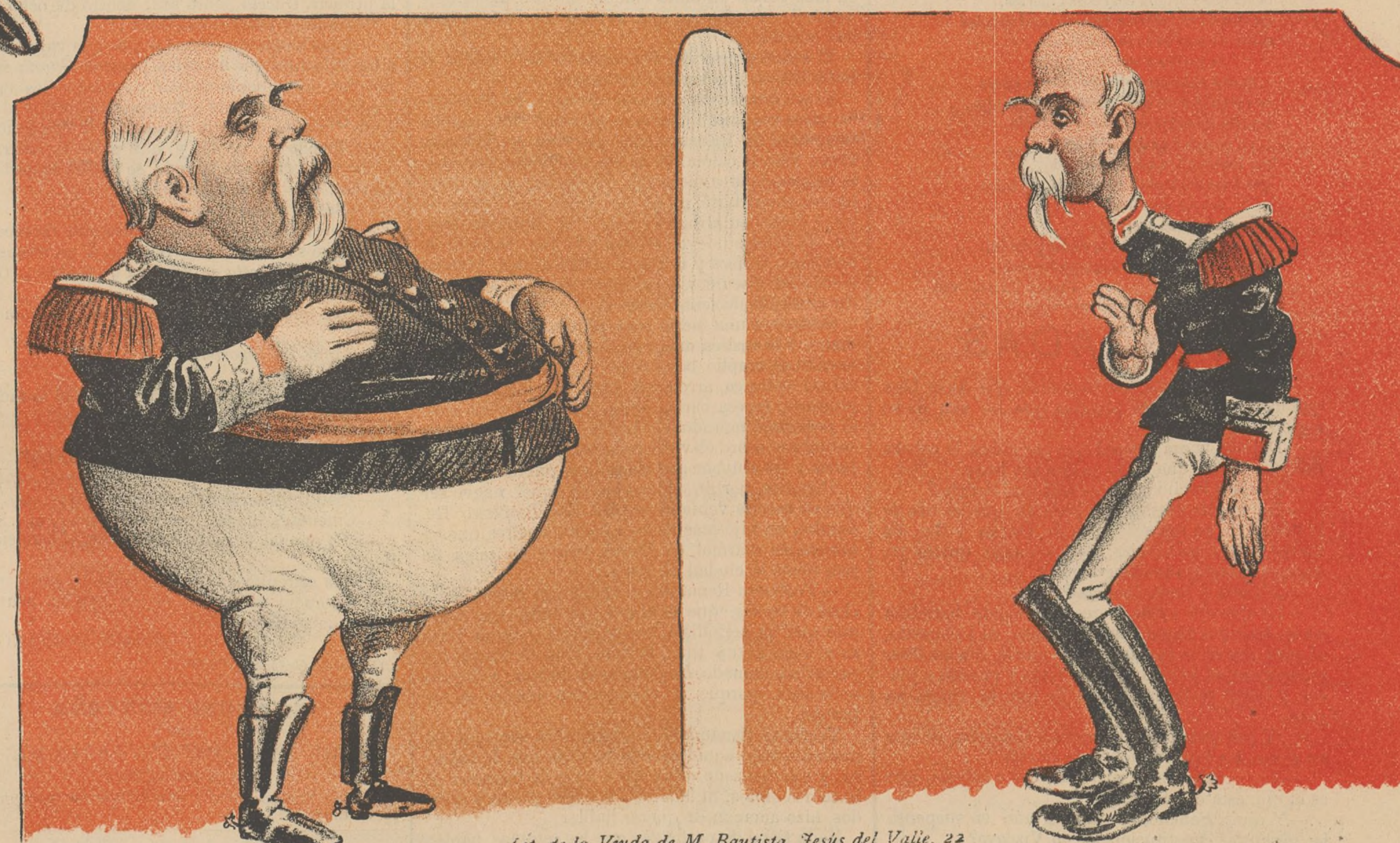


Tocando el violón.



--¡Y ahora... á obrar!

Antes y después de hacer las economías.



Antes.

Después.

Lit. de la Viuda de M. Bautista Jesús del Valle, 22

señala en las carnes, estigma indeleble de oprobio y de afrenta que marcó el presidio?
¡Ay! Yo una vez sola alejarse he visto
el tren, en su vientre de monstruo llevando los quintos;
y en la mente conservo el recuerdo de la escena, tan fresco y tan vivo, que parece que siempre delante de mis ojos, terrible, la miro.
La campana la marcha anunciaba. La locomotora su postrer silbido potente expelía,
y creciendo el clamor y el bullicio, el andén parecía hormiguero tumultuoso de hombres, mujeres y niños, que á las portezuelas cerradas cogíanse con feroz abinco,
como si intentaran con su pobre esfuerzo detener el ímpetu de aquella animada cadena de enormes eslabones, rival del granito, que empezaba á moverse ondulosa, alojando sus férreos anillos.
Una anciana de blancos cabellos, de pie en el estribo, se abrazaba con su ansia de madre á un mancebo que, al verla en peligro, trataba anhelante de romper el lazo que á su cuello formaba el cariño.
Por la faz de la anciana corría el llanto hilo á hilo, cual resbalan las gotas de lluvia por la ruda corteza del pino, y más se apretaba á su pecho gimiendo: ¡pobre hijo del alma! ¡pobre hijito mío!, mientras él espantado veía la boca del túnel vecino, que se aproximaba mostrando profundas negruras de abismo.
Ya crecía del tren el empuje; ya empezaban como un torbellino á pasar los árboles, y del viento frío la audaz bocanada embazaba y hería con sus armas de asfixia y mordisco. De la escena el fatal desenlace se acercaba; el momento era crítico. Implacable la sierpe de hierro volaba hacia el túnel, que claro y distinto percibíase abierto en la roca, como de reptiles inmenso escondrijo.
El mozo, sintiendo en la mente rugir el delirio, con esfuerzo rudo logró de su madre desasir los brazos; alzándola en vilo, trémulo y convulso, el alma exhalando en un grito, la arrojó, del vagón separándola, y haciendo él lo mismo se vieron un punto, con violencia brutal despedidos, botar dislocados los cuerpos, sin rumbo y sin tino, hasta que cayeron cual cosas inertes, quedando en informe montón confundidos sobre charco de lodo sangriento la madre y el hijo.
Desde entonces, siempre que la época se aproxima en que marchan los quintos, aquella tragedia espantosa recuerdo, y, en acceso de rabia, maldigo esa bárbara ley que, ordenando que á las madres se arranquen sus hijos, acepta orgullosa el brutal y soez sacrificio que ofrece del pueblo la carne sufrida, en aras del trono de augusto bandido.

PEDRO BARRANTES.

LANZADAS

—Quítate, Sancho, esa barretina, que no es bien que un manchego use prendas que no son de su región.
—Déjeme vuesa merced que me cubra la cabeza con este gorro, que yo sé lo que me hago.
—Te has hecho acaso catalanista, Sancho?
—No en mis días, señor; pero es que el uso de la barretina, en estos tiempos de Durán y Bas, da fueros y preeminencias, de los cuales quiero yo, aunque indigno manchego, gozar.
—¿Fueros y preeminencias?
—Lo que oye vuesa merced; llevando barretina ya no hay que pagar contribuciones, ni impuestos, ni cosa que se le parezca; y se puede desobedecer y desacatar al gobierno, y dar vivas y mueras á placer, y hacer cada ciudadano lo que le venga en gana.
—¿Y por qué esos privilegios á Cataluña, de que no gozan las otras regiones de España?
—Eso, pregúnteselo vuesa merced á Silvela, que es el que está en el secreto.
—Y dime, Sancho, ¿continúan aún en suspenso las garantías constitucionales en Vizcaya?

—Sí, porque allí son bizcaitarras, y no catalanistas, y parece que hay mucha diferencia entre una cosa y otra.
—¡Buenos principios de gobierno, la desigualdad y la injusticia!
—¿Qué quiere vuesa merced, señor; así poco á poco nos vamos regenerando.
—¿Y qué me dices de economías?
—¡Chist, señor! Ese un secreto del cual no hemos de saber una palabra hasta que se abran las Cortes. ¡Pues ahí es nada, las economías! Eso es cuestión para sabida sólo por el Gobierno, y que al país maldito lo que le importa.
—¿Pero suprimimos esos cuarenta millones del presupuesto de gastos?
—No; porque parece que á última hora ha venido Don Marcelo con la rebaja. Porque es lo que él dice: Yo no he de ser menos que Polavieja, y he de contentarme con los millones que quiera Villaverde. ¡Lo primero es el ejército, y después la marina y luego el clero!
—¿De modo que en esas estamos, Sancho?
—En esas. Le advierto á vuesa merced que no hay ministro que pueda entenderse con Villaverde. Es mucho hombre ese, según opiniones de señoras muy respetables. Pero demasiado ronca; siempre ajustándole las cuentas á sus compañeros, y creyendo que todo gasto es un despilfarro.
—Y del presupuesto de ingresos, ¿qué me dices?
—Que de ese no podemos rebajar ni un céntimo. Bueno es que se hagan economías, pero que el contribuyente pague todo lo que haya que pagar.
—¿Pues aviados estamos, Sancho!
—Yo no, señor, porque ya sabe vuesa merced que tengo un remedio para todos los males. ¡Ponerme la barretina!
—Pues yo, desde ahora, cubriré mi cabeza con un gorro de dormir, como esos que dicen que usa Sagasta. ¡El gorro! ¡Prenda simbólica que debemos usar todos los españoles!

RENAUDOT

—¡Confíad en el progresol...
—¡Bravo! ¡Bravo!
—¡Creed en la República!
—¡Bravo! ¡Bravo!
—¡Ah! ¡La República!
—¡Bravísimo! ¡Bravísimo!
—Sí, señores; es...
—¡Bravo! ¡Rebravo! ¡Rebravísimo!
—Dejadme acabar. ¡Es... vuestra madre! (Vivas, aclamaciones, agitación de pañuelos, etc.)
—¡Viva la República!
—¡Vival! ¡Vivaaa! ¡Vivaaa!
Estas ó parecidas frases, coreadas por los vivos y aclamaciones de un público inmenso, pronunciaba el otro día, á las diez y media de la mañana, colocado en pie sobre una tribuna levantada frente á la prefectura de Policía, un señor grueso, más que grueso gordo, apoplético, de bigote y perilla negros, de perezosos y lánguidos movimientos. A su lado veíase un bulto blanco, un sér disforme é inmóvil, envuelto en una sábana de baño sujeta con cuerdas...
El señor grueso era el presidente del Consejo, el bulto blanco una estatua en camisa...
El presidente del Consejo vitoreó á la República; otros oradores hicieron lo mismo, y tras aquella tempestad de insustanciales palabras y chillones vivas, vino la calma. Hubo un momento solemne; la camisa de la estatua fué descorrida, y el bulto blanco convirtiéndose, no de otro modo que Fausto de viejo doctor en arrogante mozo, en hermosa estatua. El bronce nuevo brillaba á la luz, rodeado de banderas, trofeos y músicos instrumentos. Habían cesado los discursos, y un sol de gloria parecía fundir el resplandeciente metal.
Sentado á una mesa, una pluma de ave en la mano, y la rústica máquina de imprenta á sus pies; vestido de amplio bombacho y cómoda blusa, la cabeza enérgica, arrogante, dura, de luchador del progreso; espesa barba, vivos y animados los ojos, el personaje reproducido por la nueva estatua levantábase sobre elevado pedestal, y atraía las miradas y los entusiasmos de todo el público.
Digamos, por fin, el nombre de aquel nuevo sér que en camisa venía al mundo. Era Teofastro Renaudot, un hijo más de los muchos ilustres que en bronce, en mármol, en hierro, yeso y en miga de pan posee la ciudad de París.

—Teofastro Renaudot—me dijo un señor, de la clase de sabios, que estaba á mi lado—era nada más que un periodista, periodista viejo, pues vivió en el siglo XVII y tuvo la mala idea de fundar un periódico, llamado *La Gazette de France*; y digo la mala idea, porque le persiguieron mucho en su tiempo.
Teofastro Renaudot, mirando como con ojos espantados todo aquel mundo parisién que le rodeaba, y avergonzado de su tosco traje de impresor de hace dos siglos, al lado de los fracs, cruces y dorados, hizo ademán de querer hablar.
Nada tiene de particular que las estatuas hablen

en estos tiempos. ¿No habla Mr. Dupuy? ¿No habla tanta gente que debiera estarse callada?

Los que se hallaban más cerca pudieron oír lo que con voz débil dijo el viejo periodista, dirigiéndose á los periodistas modernos:

—¿Dónde estoy?—preguntó—. ¿Anda por ahí Corneille? Mas ¿qué son estas calles, quiénes son estos señores? ¿Qué sombreros; qué feos! ¿Quién es ese señor grueso que ha hablado tanto? ¿Dónde estoy?—repito... París, debe ser París. Allí enfrente veo el reloj azul del Palacio de Justicia, más lejos las torres de Notre Dame, el río, allá la torre de San Jacques... Pero ¿qué es este ruido, esta luz? ¿Sueño, hablo, vivo? ¿Quién ha traído aquí la luz? ¿Dónde están las calles negras, y sin aire y sin luz? ¿Han descolgado el ahorcado de ayer? Pero ¿qué hora es? ¿Las diez, y aún no ha salido el segundo cuaderno de la *Gaceta*? ¡A la obra! Pero ¿dónde andará ese Corneille? Estará paseando por las galerías, esperando á que lleguen los impresos. ¡A trabajar! Hoy es preciso adular un poco á Monseñor. ¿Han traído la nota de Richelieu? ¡Ahora ha subido el *socorro* que nos daba! ¡Es preciso darle gusto! ¡Diez sueldos número lo pagal...

(Al decir esto, se oyeron risas en el corro de los periodistas modernos. ¡Diez sueldos! ¡Menos de cinco francos—exclamaban algunos.)

—Hay que preparar los dos cuadernos, el cuaderno primero, con las noticias del Norte y del Sur de Europa; el *Ordinario*, con las del Oeste y del Este. Y guardad algo fiambre para el *Extraordinario* del mes; el suplemento *recreativo*, para el cual preparo aquella traducción del latín, en quince hojas, tratando de los milagros de Nuestra Señora de la Piedad. (Nuevas risas en el corro.) Hoy pondremos, primero, la fiesta de los fuegos artificiales que hubo en Uzés hace quince días. Es una relación curiosa que me envía un corresponsal diligentísimo, que sólo ha tardado quince días. Es un tal Racine, que hará camino en esto de procurar noticias para el mejor servicio del rey. ¡Quince días! ¡Parece cosa del diablo!

(Nuevas y estrepitosas risas en el corro.)

—Después pondremos la relación de la procesión de ayer, con todo el sermón del reverendo; cuatro hojas, poca cosa. ¡Vaya, no perder tiempo, á trabajar! A ver si esta cabeza está compuesta para las seis de la tarde. (Estrepitosas risas.) Como no hay cosas más importantes, podemos poner algo literario; porque hay que ir publicando estas literaturas de poetillas para dejar espacio al gran discurso que ha de decir la semana que viene el duque de Montmorency. En él ha de tratar de la *Caza del ciervo*, y esto es de suma trascendencia. Así es que hoy irá el soneto á una dama que cojea, y la relación de los tres gentilhombres y la señora, y el pastel de liebre de ese desvergonzado de Brantome. ¡Ah! Hoy es preciso publierr una cosa muy importante: la pedrea con que han obsequiado hace un mes, en Flandes, al ejército español, la relación de los ahorcados de ayer, los tormentos de la pasada semana y las tres hojas de recetas y las cuatro de astrología. Y, por último, el elogio de Monseñor, la relación de hospitales y las ocho hojas de cultos. Creo que la primera *Gaceta* podrá salir dentro de ocho días. (Grandes y estrepitosas risas.)

—Aquí tengo también el saludo que voy á dirigir á los Príncipes que no dejan pasar la *Gaceta* en sus Estados. «Solamente os haré un ruego—les digo—. No perder inútilmente el tiempo en prohibir el paso á mis *Gacetas*, que son un objeto de comercio que jamás puede detenerse, y que es de la naturaleza de los torrentes, que cuando se quiere atajarlos, lo arrollan todo bravamente.»

—(Bravo! ¡Bravo!, en el corro.)

—No olvidéis el anuncio caro del dromedario joven que se vende en la Bastilla. Y ya sabéis que desde hoy la *Gaceta* se vende á un sueldo... (Grandes risas.)

—¿De qué os reís? ¿Qué hacéis ahí tomando notas?

—Somos los *reporters*.

—¿Y qué es eso?

—Nuestro oficio es molestar á todo el mundo.

—¿Sois, pues, los gaceteros modernos?

—Sí.

—¿Cuántas hojas tienen hoy las *Gacetas*?

—Una hoja.

—¿Son muy largos los artículos?

—Cincuenta líneas.

—¿Se predica la moral, la religión, el servicio del Rey?

Y una estrepitosa carcajada salió del corro, mientras Renaudot se fundía en su bronce, asustado quizás de su propia obra.

RODRIGO SORIANO.

(Del libro *Grandes y Chicos*.)

EL PADRE MONTAÑA

POR

GIL BLAS DE SANTALLANA

Precio: 20 céntimos.

Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 15 céntimos.

Imprenta de A. Marzo, Apodaca, 18.